

DIFICULTADES PARA LA GESTIÓN Y EL APROVECHAMIENTO INTEGRAL EN LAS DEHESAS SALMANTINAS

JOSÉ MANUEL LLORENTE PINTO

RESUMEN.—El sistema «dehesa» es el resultado de un estilo de aprovechamiento que ha permanecido invariable en sus premisas básicas durante periodos seculares, dando lugar fisionómicamente a un paisaje característico (un pastizal al que se superpone una malla relativamente poco densa de árboles). Ahora bien, la consecución efectiva de este modo de utilización del medio se lleva a cabo dentro de un marco más restringido: el de la explotación. La viabilidad económica y, en última instancia, la pervivencia de estos sistemas dependen de una gestión cada vez más acertada de los recursos de la dehesa. Sin embargo, el aprovechamiento de estas fincas está lleno de complejidades, tanto por el carácter agrosilvopastoral de las mismas y su notable extensión espacial como por otras circunstancias. Lo que pretendemos es describir cuáles son los problemas que, desde nuestra perspectiva, atosigan más a las fincas adehesadas (organización del pastoreo en función de la variedad topoclimática, simplificación de la estructura de la cabaña, compatibilización de recursos, gestión del monte,...) y esbozar, en su caso, algunas alternativas.

ABSTRACT.—The «dehesa» system is the result of a type of agrarian use of a prolonged tradition. The landscape that characterizes it is a wooded grazing land. However, the real materialization of this agricultural system is accomplished in a limited context: the farm. The economic viability and the survival of these agrosystems depend on a skilful management of their resources. The agrarian exploitation of these farms is very complex, because of their great size and their mixed condition. A description is made of the problems of woodlots (grazing organization in terms of topoclimatic variety, simplification of the livestock structure, compatibility of resources, wood management,...) and several alternatives are indicated.

PALABRAS CLAVE: Dehesa / Pastoreo / Silvicultura / Salamanca.

1. INTRODUCCIÓN

La dehesa, aparte de otras consideraciones, también es un buen punto de referencia para apreciar cómo han variado las concepciones sociológicas y económicas sobre la realidad rural y agraria, así como la valoración

de esa misma realidad. En efecto, sin que se trate de un sentimiento unánime, sí es bastante generalizado un cambio en la concepción de la dehesa. Así, se ha pasado de presentarla, en general, como una explotación agropecuaria de corte latifundista con todos sus corolarios (absentismo de los propietarios, explotación con un carácter obsoleto y suntuario, baja rentabilidad económica y social,...) a hacer un canto apologético de sus virtudes, mostrándonosla como el paradigma de lo que debe ser el deseado equilibrio entre rentabilidad y conservación del medio ambiente.

Este hecho, por una parte, nos señala que los sistemas agrarios carecen socialmente de una naturaleza necesaria, es decir, no resultan intrínsecamente buenos o malos más que en relación a un determinado marco socioeconómico. Pero, por otro lado, también es verdad que la dehesa no ha permanecido invariable durante décadas, sino que ha experimentado cambios que, en mayor o menor medida, podían servir para mitigar algunos de los aspectos negativos que se destacaban de la misma antaño.

En la actualidad pues parece que la dehesa se ha reconciliado con la sociedad porque, en buen grado, responde de manera bastante equilibrada a las condiciones económicas y sociales de este fin de siglo y a las corrientes de opinión dominantes, que tanto justifican y sancionan este nuevo orden como son resultado del mismo.

No se trata ahora en cualquier caso de ver hasta qué punto las explotaciones adehesadas van a seguir gozando en un futuro más o menos próximo del favor de la opinión, sino de evidenciar hasta dónde este tipo de fincas cumplen con las características que las definen como agrosistema, cuáles son los problemas que en la actualidad alejan más a la dehesa de su teórico aprovechamiento ideal y establecer las incongruencias entre las expectativas y la realidad, entre las idealizaciones o los modelos y las prácticas.

2. ADEHESAMIENTO Y DEHESA

Para todo ello, en primer lugar es necesario definir o delimitar el marco al que nos referimos. Y así, según una acepción no restrictiva, se debería hablar más de *adehesamiento* o de *paisajes adehesados* que de *dehesa*. Esta opción indica una valoración de los aspectos fisionómicos y, en cierta medida, funcionales, sobre otros de índole institucional y de estructura agraria. Desde nuestra perspectiva y en relación a los problemas que vamos a comentar, no es una circunstancia anodina discriminar entre esta definición amplia y una más estricta sobre la dehesa. Y esto porque, si bien el resultado fisionómico que define los paisajes adehesados es el producto de unas condiciones de aprovechamiento específicas que se

pueden sobreimponer a realidades geográficas e institucionales diferentes, en puridad la consecución efectiva y la perpetuación de este sistema de explotación se produce dentro de un marco más restringido: el de la explotación.

Esto significa, por ejemplo, que aquellos paisajes adherados que no se constituyen en finca particularizada o que presentan un tamaño reducido pueden perder en ciertos casos con relativa facilidad su carácter desde el momento en que han desaparecido o se han mitigado las condiciones que propiciaban la consecución de este tipo de paisaje; nos referimos, valga el caso, a dehesas concejiles o comunales influidas negativamente por la desorganización de la vida comunitaria y el éxodo rural. Así, en este tipo de terrenos sólo aquellos montes sometidos a una reglamentación muy estricta y a un pastoreo y una gestión del monte muy controlados —como ciertos M.U.P.— mantienen etapas fisionómicas y comportamientos funcionales claramente afines con la dehesa particular.

Así pues, estas líneas se refieren fundamentalmente a lo que podemos calificar como dehesas «sensu stricto», es decir, a aquellas fincas que, aprovechadas según el modelo del adheramiento, se comportan como una unidad de explotación tanto en lo relacionado con la estructura agraria como en los aspectos de la gestión. Es dentro de este esquema donde mejor se pueden explicitar las condiciones de funcionamiento de los geosistemas adherados y las dificultades con que se encuentran para, sin perder su identidad —es decir, sin dejar de ser dehesas—, mantener unos niveles de rentabilidad notables.

En efecto, lo que se hace más patente es el desfase que se aprecia entre el repetidamente explicado modelo de sistema adherado (que enseguida esbozaremos) y la vigencia real y ajustada a ese modelo de los diferentes elementos que conforman el estilo de aprovechamiento. El caso es que los geosistemas adherados son un estadio intermedio de la intervención del hombre sobre el entorno y, por lo mismo y a diferencia de lo que pudiera pensarse, se trata de unos espacios que en bastantes aspectos presentan un equilibrio muy inestable desde el momento en que para lograr esa armónica compensación entre etapas maduras y otras de gran productividad neta —el resultado fisionómico y funcional de la dehesa—, se hace necesaria una intervención humana muy matizada, ponderada y constante.

De ahí la precariedad de esa posición de equilibrio. Si en muchas ocasiones se tiene la impresión y la aprensión de que los geosistemas adherados son muy estables, esto se debe —aparte de a su indudable poder regulador, amortiguador— a la aparente inmutabilidad de sus facetas feno-sistémicas más características y a la gran variedad de intergrados fisionómicos que presentan los paisajes adherados, pero eso no significa que en cada explotación exista un equilibrio acabado entre las diferentes

unidades funcionales, ni que los descuidos conscientes o inconscientes en la gestión no lleven a una evolución indeseable en alguna de estas unidades, ya que –por ejemplo– la progresión del monte mediterráneo suele ser más rápida de lo que se espera cuando no es deseada.

Podemos definir el *adehesamiento* como un sistema de explotación basado en la integración de los aprovechamientos agrícolas, forestales y ganaderos, entre los que prima la explotación pecuaria, que es la base económica de la dehesa. La ganadería autóctona diversificada asegura, en condiciones ideales de estabilidad, el equilibrio de estos paisajes al permitir una productividad sometida a escasas irregularidades a la vez que nutre su propio mantenimiento. Dentro de este esquema, las importaciones y exportaciones no son muy altas respecto al total de energía movilizada en cada explotación, y siempre se trata de que sean las imprescindibles para mantener la productividad. Los autoconsumos y reempleos están muy potenciados en relación a otros sistemas de explotación, de manera que se minimizan las pérdidas o el despilfarro energético. A este respecto, las tierras de labor son un elemento de inestabilidad, puesto que aceleran el flujo de materiales fuera de la explotación así como la introducción en ésta de agentes foráneos y, en algún caso, perturbadores. Sin embargo, la fragilidad morfogénica de esta unidad respecto a otras unidades se ve amortiguada tanto por el manejo del ganado (p.e. aprovechamiento de rastrojeras y posíos) como por los turnos de rotaciones o la proximidad de montes estabilizadores. Por último, la virtualidad económica de la dehesa tradicional se definía por su buena relación entre producción y gastos: aunque la productividad se supone más baja que la de los sistemas más intensivos, los gastos resultaban también considerablemente más bajos.

Estas notas definen un modelo más o menos ideal y/o tradicional de adehesamiento que ha sufrido cambios dependiendo de determinadas coyunturas y de la tendencia socioeconómica general. El conjunto de alguno de estos cambios puede tener un carácter sustancial, en el sentido de afectar a la misma entraña de los geosistemas adehesados, pero en general su influencia no es tan radical y se circunscribe a la introducción de disfuncionalidades, de desajustes, que no permiten una movilización integral de todos los recursos de la dehesa, pero que pueden tener en el futuro mayor trascendencia, por lo que no se debe ser negligente con los mismos. Este tipo de circunstancias son las que vamos a ir explicitando a continuación.

3. EL PROCESO DE CAMBIO EN LAS DEHESAS Y SU SIGNIFICADO

Conviene llamar la atención sobre un hecho: la «rusticidad» que rodea a todo lo relacionado con estos espacios se ha malinterpretado en ocasiones, generando la idea de que la explotación de estas fincas no implicaba

ninguna complicación. Bien es verdad que hay muchas maneras de plantearse la gestión de una dehesa, pero si se trata de maximizar las virtualidades del sistema, es indudable que no puede sino afirmarse la complejidad de la gestión de estas explotaciones. Y este es un dato de vital importancia, ya que un manejo complicado es una circunstancia que se considera en cualquier balance. Esta complejidad se debe, resumidamente, tanto a la extensión de este tipo de fincas como a la diversidad de aprovechamientos que hay que considerar; todo esto da lugar a una considerable variedad de situaciones bioclimáticas y a la necesaria compatibilización entre aprovechamientos. Así, tanto en el espacio como en el tiempo el manejo no puede ser homogéneo.

Sin embargo, en las últimas décadas el proceso de homogeneización ha sido uno de los de más clara manifestación en las explotaciones adhesadas, aunque las consecuencias de éste tengan en ocasiones una plasmación fisionómica de diversidad. A este respecto, la simplificación de la estructura de la cabaña ganadera es sin duda el proceso más sobresaliente y de más hondas consecuencias, y se ha visto motivado por el interés en simplificar la gestión ganadera, potenciando el vacuno y generalizándose el cruce industrial. Junto a éste, otros rasgos llamativos de la evolución de las dehesas son los siguientes:

- Manejo menos cuidadoso del monte; podas y arranques más frecuentes, realización técnica del desmoche diferente en muchos casos, descuido en las labores de olivo y limpia,...
- Deterioro del potencial pastable por el progreso del matorral en ciertas zonas, mientras que en otros sectores de las explotaciones se dan situaciones de sobrepastoreo.
- Intensificación del cultivo en las áreas más favorables, con introducción de plantas destinadas al consumo externo, es decir, que difícilmente se pueden integrar en el ciclo de reempleos y autoconsumos.
- A consecuencia de esto y de la escasa diversidad de consumidores domésticos, menor peso de los reempleos y autoconsumos en el producto bruto de estas fincas.
- Aumento de los costes a causa de la disminución de los reempleos y de la mayor cantidad de bienes importados, de donde se deriva una menor independencia de la explotación frente al exterior.
- Aumento de la productividad, pero generalmente inferior al de los costes.
- Cambios en la organización espacial y estacional del pastoreo.

De alguna manera, coinciden en la evolución de las dehesas dos vertientes de diferente signo: una positiva y otra negativa. La primera se caracteriza por un indudable esfuerzo de los propietarios o explotadores

por imbuir de un carácter más empresarial su gestión, logrando una mejora en los rendimientos productivos de los cultivos y de la ganadería; pero estos logros de la modernización han tenido un contrapunto negativo en una cierta pérdida de identidad del sistema de adhesamiento: menos integración de los diferentes usos, gestión bastante lamentable del monte y una organización a veces deficiente del pastoreo, que se ha traducido en una pérdida de estabilidad de estas explotaciones (en especial de las de equilibrio más precario) y una degradación del potencial pastable y silvícola.

Ahora bien, la opción entre la dicotomía de un modelo de dehesa más tradicional y otro de características más modernas es un dilema falso; es tan imprescindible llevar a cabo una gestión de índole empresarial como mantener las características esenciales de la dehesa, que no sólo la definen como agrosistema, sino que son las que en buena medida le proporcionan sus virtualidades: gran autonomía en su funcionamiento, bajo consumo de energía no renovable, posibilidad de producir carnes de calidad con gastos limitados y a partir de unas superficies de escasa fertilidad en general y que no permiten otras soluciones más productivas. La conclusión de todo esto y el punto de partida de las posibles alternativas es que la viabilidad económica y social de la dehesa es un hecho innegable, como lo es su valor ambiental y agronómico; este capital (no se construyen espacios adhesados en un intervalo generacional) no sólo no se debe destruir sino ni tan siquiera despilfarrar. Esto significa desarrollar un programa que permita aprovechar íntegramente las potencialidades productivas y fisiológicas de los paisajes adhesados muchas veces infrautilizadas o, en otros casos, simplemente mal usadas, a la vez que dotar a estas explotaciones de esa plasticidad que les permita afrontar las coyunturas con menor riesgo.

La generación de posibles soluciones a las rémoras que se irán indicando no es tarea fácil a causa de la complejidad, insistimos, de estas fincas y de las contradicciones que se establecen entre las plausibles mejoras técnicas y las posibilidades financieras y gerenciales, y de la misma estructura de la explotación. No obstante, lo que sí se puede diseñar es un cierto orden de prelación que determine qué actuaciones son prioritarias en función de su rentabilidad y de su «capacidad de arrastre».

Llegados a este punto dos notas parecen claras: que se hace imprescindible una mejora integral de la explotación y no de carácter sectorial, es decir, hay que entender a la dehesa como una explotación que engloba diversos aprovechamientos que deben organizarse solidariamente, y que es prioritaria la actuación para mejorar el aprovechamiento en sus aspectos más primarios antes que la inversión en otras técnicas. Más adelante insistiremos en otros aspectos; por el momento conviene anotar los cuatro puntos fundamentales a los que debería atender un aprovechamiento correcto basado en la mejora integral:

- Elección de las áreas de cultivo, de las rotaciones y de los cultivos.
- Manejo y elección del tipo de ganado en función de las características de la finca, así como de la carga ganadera.
- Organización espacial de los pastos y su mejora.
- El cuidado del monte.

4. EVOLUCIÓN RECIENTE DEL TRABAJO EN LAS DEHESAS

El proceso de cambio en las dehesas tiene también un reflejo en la evolución del trabajo. Para hacer estas consideraciones hemos utilizado los datos de los dos últimos Censos Agrarios, considerando que representan a las dehesas las explotaciones con más de 200 Has., grupo que puede fácilmente abarcar al menos al 80% de este tipo de empresas, por lo que creemos que es suficientemente representativo.

Pues bien, por lo que se refiere a la evolución de la cantidad de Unidades de Trabajo al Año (U.T.A.), se observa para el conjunto de la provincia y para todas las explotaciones un proceso de extensificación, entendiendo por ello una disminución del número de U.T.A.s por explotación, y esto a pesar del descenso en el número de explotaciones con tierra: así, en 1989 las U.T.A.s por explotación suponían el 84.7% de las de 1982. Este proceso no ha presentado la misma intensidad en cada uno de los distintos grupos por tamaño que distinguen los Censos; por un lado, nos encontramos con la única excepción de signo, referida al grupo de fincas más pequeñas, donde se ha incrementado –eso sí, ligeramente– la prestación de trabajo. Por lo demás, se aprecia que son las explotaciones mediano-pequeñas (1-5 Has., 5-10 Has. y 10-20 Has.) las que presentan una disminución más acentuada, claramente por debajo de la media, mientras que las explotaciones medianas (20-50 Has.) y mediano-grandes (100-200 Has.) andan en torno a la disminución media o ligeramente por encima de ella.

En fin, por lo que hace al grupo que más nos importa, es decir, el de las más grandes, muestra un comportamiento claramente singular y el más «excéntrico», ya que la disminución que se produce en las U.T.A.s por explotación es la más radical (el 68.4% en 1989 de las U.T.A.s/Expl. de 1982). A la vista de todo esto se puede concluir que en las dehesas se ha producido de manera evidente una retracción de la cantidad de prestaciones laborales, o sea, un verdadero proceso de extensificación según lo hemos explicitado más arriba, que debe o puede ser interpretado como una estrategia para hacer frente a los problemas de rentabilidad, pero, como es lógico y a pesar de los avances en las labores mecanizadas y en el manejo del ganado, esta reducción ha tenido sus efectos en la gestión y el aprovechamiento de las dehesas.

Por lo que se refiere a la evolución de la composición de la fuerza de trabajo hay que señalar que la disminución en las prestaciones laborales ha ido acompañada de un cambio muy claro en el reparto del peso del trabajo, de manera que con carácter general ha aumentado el peso de los empresarios, y ahora es menor el de las ayudas familiares y, especialmente, el de los asalariados. Dicho de otra manera, la reducción de las prestaciones laborales en el campo salmantino se ha basado sobre todo en una disminución del 25% del trabajo asalariado, mientras aumentaba en un 12% la de los empresarios entre las dos fechas de referencia.

Por lo demás, existe una relación directa muy clara entre el tamaño de las explotaciones y su comportamiento, ya que –con la excepción de las fincas más pequeñas– se observa en el resto que cuanto más grandes son las empresas agrarias, mayor ha sido el aumento porcentual experimentado por el trabajo proporcionado por los propietarios o titulares de las explotaciones.

Desde esta perspectiva se puede afirmar que las dehesas tienen cada vez un carácter menos absentista y más profesionalizado en su gestión, pero aún así en estas fincas sigue siendo claramente dominante el trabajo asalariado, pues si en las explotaciones salmantinas de entre 100-200 Has éste sólo representaba en 1989 el 24.5% de las U.T.A.s totales (ya por encima del 14.2% de la media provincial), en las de más de 200 Has. era del 70.8%.

5. ESTRUCTURA DEL PAISAJE Y DIFICULTADES DEL APROVECHAMIENTO EN LAS DEHESAS SALMANTINAS

La variedad topoclimática y edáfica, el sistema de explotación y las querencias del ganado, en sus interacciones, diseñan un mosaico paisajístico que es el reflejo del comportamiento, de la organización interna, de cada geosistema adehesado, así como del aprovechamiento que se hace de él. La diversidad de situaciones a que da lugar el adehesamiento es un factor de estabilidad, de regularidad en la productividad, de autodefensa ante las alternativas climáticas, en fin, de automantenimiento; permiten romper en cierta medida la estacionalidad de la producción y aseguran una variedad de recursos alimenticios que no están ni igual ni simultáneamente sometidos a las irregularidades del clima mediterráneo continentalizado de la Submeseta Norte y a las «situaciones-límite» que presenta: sequías prolongadas y un periodo de heladas considerablemente amplio.

Esta variedad de ambientes es fácil de advertir en alguna de las pautas reiterativas del paisaje adehesado, como es el caso de las laderas orientadas al SW, ejemplo claro de la complementariedad en la vectorialidad-ce-

lularidad de los complejos naturales y de la correspondencia entre los factores geocológicos y el aprovechamiento antropozoógeno. Siguiendo este modelo podemos establecer un espectro de unidades funcionales, que podría ir desde los paisajes de asomos rocosos, de escasa productividad, hasta los valles más húmedos, productivos durante más tiempo y en mayor cantidad. Entre estos dos extremos encontraríamos otras etapas fisiológicas que corresponderían tanto al carácter heterogéneo del medio como a las diferentes fases o usos del adehesamiento. En efecto, tanto la pobreza bastante general de las formaciones superficiales de las dehesas salmantinas como la adversidad climática o la topografía dificultan, o mejor, imposibilitan una homogeneidad alta del tapiz herbáceo.

Esta homogeneidad también se ve dificultada por la dialéctica *aprovechamiento* (control antropozoógeno) –*sucesión secundaria*, que da lugar a unas posibilidades muy variadas de etapas fisiológicas: monte arborescente, monte maduro sobre pastizal estabilizado, matorral, tierras perdidas,... Nos encontramos así con esa variedad ambiental que muchas veces es aprovechada de manera natural, con lo que se crea una cadena de retroacciones: el ganado suele permanecer más tiempo en las parcelas más enriquecidas, más eutróficas, lo que implica que sean las más estabilizadas, las más abonadas y las más productivas; las geofacies más oligotróficas asisten por el contrario en ocasiones a una tendencia evolutiva natural o muy poco controlada, lo que permite su equilibrio en el balance morfogénesis-edafoogénesis, una lenta construcción edáfica y hasta una utilización mitigada, muchas veces de carácter estacional: por ejemplo, los lugares altos a la solana, de suelos arenosos, son muy sanos en invierno y están sometidos en muchos casos a inversiones térmicas, lo que permite mayor seguridad en la producción de bellotas y pastos de invierno.

Ahora bien, este aprovechamiento «natural» de los pastos, esta falta de organización, tiene en general una influencia negativa, ya que con el tiempo conduce a una polarización cada vez mayor de las unidades funcionales, es decir, lleva a los dos extremos perniciosos del pastoreo: sobrepastoreo y subpastoreo. Y esto es, a nuestro juicio, especialmente problemático en el segundo caso, ya que se trata de un proceso insidioso, de difícil percepción en los primeros estadios y, por lo tanto, de difícil evaluación, y que entraña serias complicaciones para reconducirlo.

Nos encontramos así con un porcentaje de recursos que no se aprovechan o/y se pierden por embastecimiento del pasto. Esto, que puede ser uno de los problemas de estas explotaciones, se debe abordar desde dos perspectivas ya comentadas: una buena organización del pastoreo y la consecución de una estructura equilibrada de la cabaña ganadera. Ahora bien, estas dos posibilidades entrañan dificultades, ya que –nuevamente– complican la gestión.

Por razones climáticas la producción de pastos –sin duda el recurso fundamental de la dehesas– tiene un claro carácter estacional. Esta estacionalidad se ve ligeramente modificada para el conjunto de la explotación por la variedad de situaciones topoedafoclimáticas. En cualquier caso, las diferencias entre la producción de las épocas de máxima abundancia y escasez es muy notable a pesar de ciertos autoconsumos o reempleos situados estratégicamente a lo largo del año: espigadero, montanera, ramoneo,... Esta gran oscilación en la producción no facilita precisamente la decisión sobre qué carga ganadera debe soportar una dehesa, ya que si se hace la estimación teniendo en cuenta la época de mayor producción, y a pesar de la rusticidad de la ganadería autóctona, los gastos que generaría la alimentación del ganado en las épocas de escasez serían enormes; y si no es así, es decir, en caso contrario, entonces el despilfarro de recursos pastables sería considerable. Y todo esto sin considerar la irregularidad interanual.

Así pues, la capacidad de carga ganadera de una dehesa viene dada por la situación de los recursos forestales aprovechables por el ganado, por la de los pastables y por la magnitud de las necesidades de alimentación suplementaria que puedan satisfacerse por la propia explotación. El objetivo es maximizar las posibilidades de aprovechamiento manteniendo una relativamente elevada carga ganadera y minimizando los gastos por compra de alimentos.

Para intentar organizar mejor el pastoreo es imprescindible estructurar la explotación según una malla de unidades funcionales a las que se pueda someter por separado a un aprovechamiento particularizado y homogéneo. Para ello es imprescindible dotar a estas unidades de una infraestructura (puntos de agua, cercas,...) que facilite el manejo del ganado; una buena ordenación, por ejemplo, de los puntos de agua o de aquellos donde se proporcionaría alimento suplementario al ganado en las épocas de escasez puede tener una influencia muy positiva si logra forzar otros hábitos entre el ganado y, por lo mismo, la consecución de un aprovechamiento más homogéneo y completo de los diferentes cercados.

Ahora bien, frecuentemente esta malla se presenta como un mosaico en el que ciertas unidades son excesivamente pequeñas: es costoso e incluso poco útil dotarlas de la infraestructura necesaria para que puedan funcionar autónomamente. Así, se hace necesario conseguir zonas más amplias, aunque no puedan ser tan homogéneas; esto por una parte puede dificultar el aprovechamiento más propicio en el tiempo y en el espacio de ciertas parcelas, pero también puede resultar útil para satisfacer las querencias diarias de los animales. En cualquier caso y aunque no hay precisamente unanimidad respecto de si el mejor psatoreo se consigue dando total libertad de movimientos al ganado o restringiéndosela, creemos que para solventar de alguna manera los problemas anteriormente

expuestos es preciso forzar al ganado a que no permanezca demasiado tiempo en los mismos lugares; esto se puede realizar, como anteriormente se ha apuntado, con una buena distribución de puntos de agua y de alimentación suplementaria; la dificultad con que nos encontramos en este caso es que vuelven a ser las partes bajas aquellas en las que resulta más fácil situar puntos de agua, con lo que se reforzaría la tendencia natural del ganado a permanecer en estas localizaciones; es imprescindible pues construir charcas en aquellos lugares poco frecuentados por el ganado, así como situar los accesos a los diferentes cercados en lugares estratégicos y además variables, para inducir a los rebaños a nuevos hábitos.

Estas indicaciones están sin duda en la línea de potenciar un sistema de gestión pastoral ordenado, aunque ello implica –como se ha explicitado– indudables dificultades. Ahora bien, en cualquier caso, eso no quiere decir que en el manejo tradicional de las dehesas salmantinas no existieran y existan prácticas de aprovechamiento en rotación o, cuando menos, en modo diferido. De ahí que no podamos estar de acuerdo con la aseveración, falta de matizaciones, que hace Long, para el que la gestión pastoral en las dehesas es de tipo continuo, o «yearlong continuous grazing system». En cualquier caso, la polémica sobre las formas de pastoreo en la dehesa está viciada en parte por prejuicios y además alterada por el hecho de que la estructura ganadera se ha simplificado mucho: no se puede discutir en el contexto de lo que ocurría en las dehesas hace más de tres décadas, entendiendo por contexto lo que se refiere a composición de la cabaña, a carga ganadera, a alimentación suplementaria, a tipos de cruces,...

Para facilitar la consecución de este modelo de aprovechamiento pastoral que venimos sugiriendo, es indudable que el mantenimiento de una cabaña diversificada puede ser decisivo. Cada tipo de ganado tiene un comportamiento gregario diferente y una distinta aptitud frente a los recursos. Así, está claro que frenar la tendencia simplificadora redundaría en un mejor aprovechamiento de cada unidad funcional en un momento dado y de cada tipo de recurso: disponer en cada situación del animal adecuado implica que se van a minimizar los despilfarros, además de suponer una mejora del potencial pastable. Si esto es tan evidente, es claro que la homogeneización de la cabaña se debe a razones de peso; ya se ha apuntado con anterioridad que la diversificación ganadera complica la gestión y puede aumentar los gastos: dependiendo del tamaño de la explotación, puede resultar escasamente rentable mantener pequeños rebaños de varios tipos de ganado, que necesitan parecida atención que otros más grandes; además en algunos casos la adecuación más perfecta entre algún ganado y los recursos de la dehesa tienen un carácter muy estacional (como ocurre por ejemplo con los cerdos y la montanera), pero el mantenimiento de los animales el resto del año supone un incordio. Final-

mente, también puede suceder que el concurso de cierto tipo de ganado sólo se necesite en alguna ocasión cada ciclo de años: un rebaño de cabras para controlar el progreso del matorral.

Estas dificultades no son fáciles de soslayar, en especial cuando la extensión de las explotaciones es limitada, ya que en estos casos resulta todavía más difícil ajustar adecuadamente recursos y consumidores. Una cosa parecida ocurre cuando nos planteamos la conveniencia de los cruces industriales; en el caso de las dehesas salmantinas la utilización de sementales charolais –y más recientemente limousines– en vacadas de hembras moruchas autóctonas ha producido en general resultados muy favorables en el aspecto productivo, pero sí presenta complicaciones, y además está generando algún que otro efecto perverso. De hecho para llevar a cabo el cruce es necesario renovar el censo de hembras, pero esto no se puede realizar si no se destina una parte de la manada a criar terneros autóctonos; de lo contrario, se hace necesaria la compra de vacas de vientre, lo que supone una dependencia y un riesgo, porque –claro está– cuando hay que comprar, las vacas siempre valen mucho. Mantener dos vacadas diferentes (una para cría y otra para venta) además de complicar la gestión implica un descenso de los beneficios a corto plazo. En general, también cuanto más pequeñas sean las explotaciones, más difícil resulta mantener dos vacadas diferentes.

El caso es que estos problemas unidos a ciertas dificultades coyunturales (sequías, bajos precios del ganado,...), a la presión del mercado en relación a determinados tipos de carne y a una política de la Administración bastante errática están llevando a una clara pérdida de efectivos de la raza morucha y a utilizar como vacas de vientre a hembras cruzadas.

Esta práctica tiene efectos muy negativos, ya que como es sabido estos animales cruzados no son capaces de transmitir a su descendencia los buenos caracteres típicos del «vigor híbrido» y van degenerando en sucesivas generaciones; pero es que además son animales que necesitan más alimentación, son menos rústicos y más propensos a enfermedades y presentan partos más difíciles y más abortos que la raza morucha.

Por otra parte, los recursos no sólo pueden despilfarrarse por una infrutilización sino también por una mala organización, que no permite una buena compatibilización de esos recursos. Hemos repetido en varias ocasiones el comentario sobre la complejidad de la explotación adehesada; su carácter agrosilvopastoral no significa que existan tres tipos de aprovechamientos yuxtapuestos, sino uno fundamental –el ganadero– al que se subordinan los otros dos: el aprovechamiento del monte y los cultivos. El manejo de estos dos elementos tiene como objetivo mejorar las potencialidades pastorales de la dehesa: cubrir los baches de la producción de pasto y mejorar el potencial pastable fundamentalmente. Sin em-

bargo, con cierta frecuencia no son estos los fines que se persiguen, bien a causa de ciertas coyunturas, bien a causa del desdoblamiento de los explotadores de cada uno de los diferentes recursos, bien debido a los gastos que conlleva normalmente una adecuada gestión de estos recursos.

En este sentido, el caso del manejo del monte es paradigmático. Cuando el explotador de la finca no es el propietario, suele haber disociación entre el explotador de otros recursos y el del monte, que es habitualmente el propietario; esta disociación no permite en muchos casos compatibilizar oportunamente los diferentes recursos, pero es que además el monte se ha convertido en ocasiones en el capital al que se recurría para atender a gastos extraordinarios de los titulares de las fincas. Por fin, el cuidado del monte exige labores que no redundan en un beneficio inmediato, lo que frena en muchos casos a los propietarios; de esta manera, se está produciendo una paulatina degradación del arbolado en un sentido u otro: montes viejos con poca producción de bellota, invasión del matorral, montes arborescentes, abuso del desmoche, montes con una mala estructura por edades que no asegura el relevo generacional,... La solución a este problema pasa por la necesaria mentalización de propietarios y explotadores de que los gastos que origina en primera instancia el cuidado del monte (por otra parte subvencionados en alguna medida) tienen a medio plazo una amortización satisfactoria; pero hay que ir más allá: el manejo del arbolado es una tarea continuada, ya que, para una finca grande, prácticamente todos los años sería necesario abordar en algún sector ciertas tareas: encabezado de encinos, desmoche, limpia, olivo,... y junto a esto, este tipo de gestión debe organizarse cada vez mejor desde el punto de vista espacial y, también, desde una perspectiva cualitativa: selección de aquellas quercíneas con buena calidad de frutos y abundante y constante producción frente a aquellos pies poco fructíferos. Hay que tener en cuenta para entender la trascendencia de estos aspectos que una producción de bellota aleatoria o su desaprovechamiento sería equivalente para una explotación media a perder la cosecha de cebada que pudiera proporcionar el 8%-10% del terreno de la finca sembrado.

Además, la organización de las labores silvícolas debe realizarse de manera que puedan aprovecharse los productos resultantes por parte del ganado, sin detrimento de otras producciones; así los arranques deben realizarse en el verano, época de escasez, mientras que los desmoches y el olivo conviene que se hagan tras la montanera, en pleno invierno.

Finalmente, otra circunstancia que obra en contra de un aprovechamiento conjunto de los recursos de la dehesa se refiere al tipo de cultivos que acogen las tierras labradas. Dependiendo de diversas razones —entre las que se encuentran la oportunidad de acceso a determinadas subvenciones—, bastantes dehesas dedican sus tierras de cultivo a plantas que raramente tienen su destino en la misma explotación; esto, en ciertos casos,

se puede considerar un grave riesgo para la misma supervivencia de este tipo de fincas, y, en cualquier caso, un importante factor de inestabilidad. Bien es verdad que a corto plazo esta actitud puede proporcionar unas rentas nada despreciables y una diversificación de riesgos, pero producir de forma sistemática granos poco o nada reemplazables en la explotación no parece una práctica aconsejable, en especial cuando se trata de cultivos como el girasol, del que normalmente ni grano, ni bálago, ni rastrojera son reemplazables. Como norma general, en las tierras de cultivo de las dehesas se debería optar por los cultivos forrajeros, por cuanto que la reserva de estos productos es ideal para cubrir los baches estacionales de producción de pastos y porque se adaptan mejor estos cultivos que los cereales para grano a las sucesiones de tiempo y a las alternativas climáticas, obteniendo rendimientos más regulares.

6. CONCLUSIONES

En definitiva, como apuntábamos al comenzar estas líneas, las explotaciones se encuentran ante una situación de cierta indefinición, de crisis de identidad, en el sentido de que con frecuencia se ha entendido como dicotomía la modernidad económica y ciertas prácticas de adhesamiento. La rentabilidad económica de estas fincas depende fundamentalmente de lograr el máximo aprovechamiento de los variados recursos de que disponen, evitando los despilfarros y las pérdidas de potencial pastable y minimizando los gastos. Sin embargo, ya hemos visto cómo ciertos hechos dificultan la gestión y el aprovechamiento integral de estos espacios, y también hemos esbozado algunas ideas para paliar estas dificultades. En general, si el sistema de aprovechamiento que está vigente en buena parte de los casos se aleja en estos detalles mencionados de una explotación más adecuada, eso se debe —coyunturas específicas y casos particulares aparte— a que estas circunstancias complican la gestión —ya de por sí compleja— de las dehesas, y normalmente implican ciertos gastos que no parecen poder amortizarse en un corto plazo.

De esta manera, la causa profunda de que aparezcan muchas de estas rémoras en la explotación tiene sus raíces en aspectos socioinstitucionales y de la estructura agraria: así, por ejemplo, la disociación entre propietario y explotador o el desdoblamiento en la titularidad de los diferentes aprovechamientos, o el simple tamaño de la explotación. En relación a este último aspecto, ya hemos llamado la atención sobre la circunstancia de que dehesas demasiado pequeñas no pueden organizar de la mejor manera el aprovechamiento, reduciéndose en buena medida la posibilidad de jugar con ciertas opciones. Es claro, además, que si actualmente la tendencia señala un aumento de la superficie de las explotaciones agrícolas semiin-

tensivas, no parece plausible una notable reducción del tamaño de estas fincas extensivas. Por todo ello, no creemos que las dehesas deban tener una superficie por debajo de las 300 Has., a no ser que se trate de explotaciones muy bien equilibradas y productivas, lo que no suele ser frecuente.

En conclusión, si los problemas tienen en gran medida un carácter estructural y organizativo –aunque las dificultades financieras tampoco son irrelevantes–, está claro que se debe insistir preferentemente en la resolución de estos aspectos. Esto no significa negar la existencia de dificultades de índole técnico-económica, pero frecuentemente éstas se sobreestiman, y tal vez en lo que es preciso hacer más hincapié es en la reforma de ciertas iniciativas públicas que favorecen muy poco la clarificación de las perspectivas que se abren ante los diferentes tipos de empresas o subsectores agrarios.

En este sentido, sí conviene insistir en que en la mejora de las dehesas parecen prioritarias las actuaciones e inversiones que vayan encaminadas a una buena organización espacial de las fincas, estructurando bien los cercados para facilitar el manejo del ganado y un aprovechamiento eficaz, así como a una fijación óptima de la carga ganadera, antes que otro tipo de inversiones, pero para que esto sea posible hay que solicitar de las Administraciones Públicas actuaciones menos erráticas, más a medio plazo y de carácter menos sectorial, es decir, atendiendo a una tipología de las explotaciones en función de su orientación y de su ubicación geográfica y que trate a cada tipo de empresa agraria de manera global. A este respecto y como ejemplo, no parece congruente valorar de forma especialmente positiva las virtualidades medioambientales de las dehesas y que exista desde la Administración un teórico celo tan acendrado en el caso de la conservación del monte o de ciertas especies animales dentro de la dehesa y prestar tan poca atención a la degradación del patrimonio genético que representan las razas autóctonas. Habría que preguntarse por ello las razones de que en las diferentes subvenciones que puede recibir el ganado se valore por igual a las hembras de vientre sean éstas de razas autóctonas, cruces o animales de aptitud lechera; o qué sentido tiene que las explotaciones adehesadas se puedan beneficiar de ayudas para sembrar girasol,...

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

GÓMEZ GUTIÉRREZ, José Manuel y Otros: «Descripción de una dehesa tipo», *Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina. I Estudio fisiográfico y descriptivo. 4^o Fascículo*. Salamanca-Jaca. 1982. pp. 5-83.

I.N.E.: *Censo Agrario de España de 1982*. Madrid, 1984.

I.N.E.: *Censo Agrario de España de 1989*. Madrid, 1991.

LONG, GILBERT: «Quel avenir pour les terres à paturage des pays de la Méditerranée occidentale? Principaux problèmes qui se posent au sujet de l'utilisation des terres à paturage et systèmes qui permettraient de mieux les intégrer dans le développement rural des pays de la Méditerranée occidentale (Portugal, Espagne, France, Italie; Maroc, Algerie, Tunisie)». *Colloque FAO/CEE. Genève, janvier 1985. Rapport de Consultant*, 56 pp. policopiado.

LLORENTE PINTO, José Manuel: *Los paisajes adeshados salmantinos*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca, 1985.

MONTOYA OLIVER, José Miguel: *Pastoralismo mediterráneo*. M.A.P.A., I.C.O.N.A. Monografías, Nº 25. Madrid, 1983.

MONTERRAT RECORDER, Pedro: «Aspectos ecológicos relacionados con el futuro de la dehesa de pastos», *PASTOS*. 1980, pp. 5-11.